



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República
Facultad de Psicología
Ensayo

**Vejez y sexualidad: acerca de las construcciones subjetivas
que condicionan las formas de existencia**

Análisis desde una perspectiva de género

Laura Gaitán Scarpati

4.485.509-1

Montevideo, Uruguay

10 de septiembre de 2021

Tutora: Prof. Adj. Psic. Mónica Lladó

Revisora: Asist. Mag. Adriana Rovira

ÍNDICE

Resumen.....	2
Introducción.....	3
¿Qué es la vejez?.....	5
Luces y sombras para la vejez.....	7
El ¿mito? de la degeneración. Acerca del discurso biomédico.....	11
Hay que (des)evidenciar lo obvio.....	13
Las mujeres viejas y el sexo.....	16
Conclusiones.....	22
Referencias Bibliográficas	24

Resumen

Este trabajo se propone desenmarañar y despojar de sentido, todo lo que se pueda, a los grandes regímenes de enunciación que a día de hoy regulan las acciones de las personas viejas.

Se elaborará una reflexión crítica de la sexualidad en la vejez y específicamente en las mujeres viejas. Para reflexionar al respecto de estos conceptos, se hace un recorrido histórico, biológico y social. A partir de eso, se pretende visibilizar las zonas oscuras de las grandes enunciaciones universales al respecto de lo que es natural, o que pertenece al orden de las cosas, y en qué medida estos mandatos dirigen las acciones de los sujetos en general, pero más específicamente de las mujeres viejas.

A propósito de esto, se intenta dilucidar en qué medida las mujeres viejas pueden ser productoras de su propio deseo en las condiciones de producción actuales.

Palabras claves: vejez, sexualidad, deseo, interseccionalidad, división sexual del trabajo.

Introducción

Es una realidad que en el último siglo se ha atendido a un crecimiento exponencial de la expectativa de vida en América Latina, pasando de una expectativa de 29 años en el 1900 a una de 71 años para el 2000, y es una cifra que, al día de hoy, continúa en aumento (Bértola, Hernández y Siniscalchi, 2012 p.28). A nivel porcentual, en América Latina y el Caribe, entre el 1975 y 2020 el porcentaje de personas con más de 60 años pasó de ser un 6,5% a un 8,2%. Se estima que para el 2025 la cifra se aproxime al 15%, y ya para el 2050 se espera que esta población alcance un 24% del total (CEPAL, 2009). Este envejecimiento de la población es uno de los fenómenos demográficos más relevantes en este momento histórico ya que reconfigura el escenario económico, político, social y cultural. Es por esto que se entiende que es de vital importancia pensar las diferentes prácticas que generan a propósito de la vejez las diferentes tecnologías políticas.

En este ensayo se intentará reflexionar al respecto de cómo agenciamos a las personas viejas en las sociedades contemporáneas. Se intentará desenmarañar y despojar de sentido todo lo que se pueda a los grandes regímenes de enunciación que a día de hoy regulan las acciones de las personas viejas. Pero lo que mueve el interés de este trabajo es, particularmente, el vínculo que se les permite a los viejos tener con su sexualidad. A lo largo del ensayo se entenderá por qué el uso particular de la expresión “se les permite” en lugar de “tienen”.

La primera hipótesis que se deja planteada tiene que ver con una imposibilidad simbólica de los viejos para generar prácticas sexuales por entender a estas últimas como prácticas de la vitalidad. Esta nueva verdad se genera debido a una concepción decrepita, de vida pasiva que hay en el imaginario social cuando se piensa en la vida vieja. Para Fernández, este imaginario social “suministra esquemas repetitivos, crea marcos de preceptos y pone en conexión regularidades de los comportamientos con los fines y las metas del poder” (1994, p.241).

Para reflexionar al respecto, es importante delimitar el marco teórico con que se va a trabajar el concepto de vejez en sí mismo. En ese sentido, este trabajo va a tomar un concepto de vejez dinámico y performativo, afín con lo que postula Fernández. A pesar de ello, se van a presentar puntos de vista biologicistas, ya que se entiende que el discurso médico hegemónico halla su respaldo en él y es gracias a eso que queda habilitado para desplegar las diferentes políticas sanitarias que tienen como destinatarios a los viejos.

Para finalizar, y como producto de lo que se generó sobre la marcha de la propia producción de este ensayo, se considera también importante analizar la situación particular en la que se ven las mujeres viejas al respecto de su sexualidad. Para reflexionar acerca de esto se propone tomar como analizador a la producción de deseo que conceptualizan Deleuze y Guattari. A través de ello se intenta evidenciar en qué punto de subjetivación quedan las mujeres viejas en esta gran madeja de afectaciones que generan los dispositivos de poder. Un punto nodal en este sentido es el concepto de interseccionalidad, ya que nos permite pensar en clave dinámica. Se partirá de la afirmación de que no es lo mismo un hombre viejo que una mujer vieja, ambos quedan apartados simbólicamente de la posibilidad de vivir una vida sexual activa, pero es necesario también identificar que la mujer vieja es atravesada de formas muy diferentes por los dispositivos de la sexualidad.

¿Qué es la vejez?

Nos encontramos aquí con un mundo de respuestas. Hay tantas concepciones como autores, y estas van variando según el abordaje teórico desde el que uno se posicione. Algunos la llaman vejez, otros tercera edad, y algunos más prefieren denominar a esta población como adultos mayores. Por supuesto que hay más, pero se nombran aquí algunas de las más populares.

Se sabe que el envejecimiento es un proceso que se da desde el nacimiento de la persona, es una certeza que estar vivo es estar envejeciendo, todos lo estamos haciendo todo el tiempo. Pero entonces, ¿cómo podríamos saber cuándo es La Vejez? ¿Qué es lo que determina a un viejo? ¿Su cuerpo? ¿Sus capacidades? ¿Su aspecto?

Desde una perspectiva social, Berriel indica que

las representaciones sociales de la vejez constituirían un sistema lógico no científico, construido en y a través de la interacción “cara a cara” con los miembros de los grupos que nos dan una identidad social y le dan un sentido a la realidad. (2007, p.60)

Es decir, desde esta perspectiva la vejez no es necesariamente una instancia etaria ni una forma física, sino que es el producto de la misma interacción social.

Hay más o menos consenso en la comunidad científica de identificar a esta población como cualquier individuo mayor de 60 años, aunque algunos interpretan que podría considerarse a partir de los 65 años. Parte de la discusión entre considerar una edad o la otra tiene que ver con las diferentes expectativas de vida, tanto a lo largo de los años como según la región que se piense. Y puesto que la expectativa de vida ha ido en aumento en los últimos años, es que se está discutiendo si no debería extenderse también la edad de comienzo de la etapa.

Desde una perspectiva biológica, según Lozano, “existen diferentes explicaciones del envejecimiento, que coinciden todas en aceptar la presencia de una pérdida progresiva y uniforme del estado óptimo de salud y del vigor, que afecta la mayoría de las funciones fisiológicas, cognitivas, emocionales y del comportamiento” (2011, p.23).

Este trabajo va a tomar como referencia el concepto de vejez, no como un sinónimo de deterioro, tal como se describe en el párrafo anterior, sino como un resultado multicausal, como

el producto de una cantidad de fuerzas dinámicas. La vejez es una construcción subjetiva que no —solo— parte de una cierta edad, es decir, no es una categoría que sea cuantificable. La vejez es una producción subjetiva que vamos haciendo las personas, es una producción de sentidos. Y como tal, no es universal, sino que es particular y de construcción colectiva. En el concepto de vejez que se va a tomar en este trabajo no existe un a priori etario. Aunque sí sabemos que la concepción popular de persona vieja comienza más o menos a los 60 años, no podemos dejar de lado las infinitas fuerzas que condicionan el concepto.

Bien sabemos que el lenguaje produce realidad; lo que existe porque se lo nombra, y de la forma en que se lo nombra es como es. Podríamos decir entonces que: lo es que es, es porque se lo nombra y lo que no es, no es, no porque no existe, sino que porque no tiene palabras aún. Por lo tanto, podríamos decir que *ser es ser nombrado*. Vamos a pensar esto en relación al concepto de vejez.

En diversos estudios que se han realizado sobre esta población “vemos que los mayores no son una población homogénea, pues los mismos reafirman aquella máxima popular respecto a que las personas envejecen según como han vivido” (Pérez, 2007, p.65). Tiene sentido, ¿por qué habríamos de pensar que hay una forma dominante de ser viejo? ¿Acaso hay una forma dominante de tener treinta y seis años? ¿Y veintinueve? Ahí seguro que no, hay tantas formas como personas. Entonces, ¿por qué se insiste con una imagen de viejitos pelo blanco, de bastón, tirando migajas a las palomas en las plazas? ¿Por qué se les quita la capacidad de decisión? ¿Por qué pareciera que su palabra tiene menos peso?

Para pensar esto propongo el concepto de dispositivo, definido por Deleuze como "una especie de ovillo o madeja, un conjunto multilineal. Está compuesto de líneas de diferente naturaleza y esas líneas no abarcan ni rodean sistemas (...) sino que siguen direcciones diferentes, forman procesos siempre en desequilibrio" (1990, p.155). Desde este punto de vista, podemos pensar una imagen de la vejez en la que se hace una suerte de acuerdo implícito a nivel social, de modo que queda significada como una etapa estereotipada, tal como se la describe anteriormente, como un grupo de seres pasivos con ciertas características más o menos parecidas. Estos dispositivos existen en todos los ámbitos de la vida y se van anudando entre ellos y a sí mismos. Deleuze también indica que, estos delimitan curvas de visibilidad y curvas de enunciación, qué cosa se ilumina y qué cosa se enuncia, y, por tanto, si algo se alumbra es porque otra cosa quedó a oscuras. Esta movilización se estructura en un campo compuesto por tres instancias: poder, saber y subjetividad, las cuales más adelante van a ser desarrolladas.

Podríamos decir hasta ahora que estos dispositivos son los que iluminan y es en el establecimiento de estos regímenes de luz que se genera una especie de verdad, por repetición, — o por omisión de su contrario — es que se produce la realidad. Lo que es y lo que no es se determina en el cruce de diferentes fuerzas que componen, descomponen y/o atraviesan estos dispositivos.

Una verdad se establece de forma homogeneizante, totalizadora. Según Giorgi cada cuerpo interpreta y reproduce una información que le es adjudicada según el universo simbólico que le es propio a la cultura de la que es parte. “Dicha información se incorpora en el proceso de socialización y disciplinamiento a través del cual produce ese «cuerpo social» en su doble vertiente «cuerpo para sí» (autopercepción) y «cuerpo para el otro» (representación social)” (Giorgi, 2007, p.323). Es decir, esta información aparece camuflada como propia de la naturaleza, como un hecho ineludible. Este cuerpo social es un cuerpo intervenido, un cuerpo dócil que no puede más que regularse para estar adaptado. Foucault (1975) entiende que estos cuerpos dóciles son producidos por una coerción ininterrumpida constante, que lo que busca delimitar es el campo de acciones y no el resultado de estas. Indica que “estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad es a lo que se puede llamar «disciplinas»” (Foucault, 1975, p.159). Y agrega que la conformación de estos dispositivos disciplinarios despliega una anatomía política, por la forma de diseccionar el cuerpo, de desear por él, de tener el poder.

Luces y sombras para La Vejez

Como ya se mencionó anteriormente, la tríada saber-poder-subjetividad está en constante movimiento y va condicionando las experiencias cotidianas, en el ámbito público y privado. “Los dispositivos de poder han determinado las condiciones de los discursos «verdaderos» y han producido saber en su propio ejercicio; (...) el desarrollo de los saberes ha permitido el aumento de los elementos reguladores y disciplinarios” (Amigot y Margot, 2009, p.125). En ese sentido, por la propia naturaleza de la normalización, se genera automáticamente su opuesto: el anormal. Digamos que, si hay algo que es natural en todas las personas, la única explicación que se le puede dar a quienes no están dentro de la norma sería dándole la etiqueta de anormal.

Pero vamos más para adentro, veamos las palabras detrás de las palabras. ¿Entre qué tensiones está la vejez? ¿Qué la compone? ¿Cómo se descompone?

Para responder a estas interrogantes propongo hacer un recorrido histórico, pensar cómo se ejercía el poder hace 150 años y cómo se ejerce ahora. Si trazáramos una línea de tiempo, veríamos que ha desaparecido el poder soberano en forma de rey represivo que regula a voluntad el comportamiento del pueblo y que tiene el poder de hacer morir y dejar vivir. Ahora el poder se ha desvanecido, las naciones centran sus políticas en hacer vivir y dejar morir, y a través de la aplicación de ciertos mecanismos se genera una administración de la vida con un poder que se desencializa, que se esparce de manera microscópica y se multiplica de manera normalizante. Si antes las personas estaban a merced de la voluntad del soberano de turno —y era él quien imponía sus leyes y decidía quién moría— ahora se atiende a la norma y al gobierno de si—mismos, es decir, al auto—gobierno, con Naciones que dirigen sus políticas hacia la conservación de la vida.

Indica Moya:

Foucault propone fijar el desarrollo del interés político (...) desde mediados de SXVIII, cuyo objetivo es el cuerpo-especie (biopolítica de la población), centrada en la generación de medidas de intervención y gestión sobre las tasas de natalidad, el manejo del binomio salud-enfermedad y la postergación de la muerte. De esta forma, las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida, polos que no funcionarán de manera excluyente, sino por el contrario, de forma complementaria. (2013, p.433)

En este escenario la ley queda desplazada por la norma, y mientras que la primera remite al cumplimiento de órdenes que provienen del exterior y que regulan que sí y que no hacer, la segunda remite a algo constitutivo de la personalidad, no se trata de hacer sino de ser.

Se registra que en el año 1900 la expectativa de vida en América Latina era de 29 años, mientras que para el año 2000 ya había ascendido a 71 años (Bértola, Hernández y Siniscalchi, 2012 p.28). Este incremento no es algo casual, sino que es una causalidad de las políticas sanitarias que vienen siendo implementadas en el correr de los años y que tienen como propósito la perduración de la vida. Una vida que, como podremos ir deduciendo, será controlada para que sea productiva para el sistema. Señala Moya que “el envejecimiento de la población es un

resultado no previsto del proceso de modernización, (...) como resulta obvio, las diversas intervenciones sobre la población no buscaban envejecerla sino alcanzar estándares de salud colectiva” (2013, p.6). Es decir que, con el aumento de la expectativa de vida, y sumado al constante descenso de la tasa de natalidad, es que se ha comenzado a ver en los últimos años — y cada vez más — una población envejecida, que es vivida como un efecto colateral. Esto porque los cuerpos envejecidos no son útiles en la lógica neoliberal, no sólo que no producen, sino que representan un gasto público.

A través de los años se han ido desplegando tecnologías destinadas a encauzar la conducta con mecanismos destinados a normalizar a estos cuerpos sociales. “Para establecer y maximizar el estándar de salud de una población, eran precisas modalidades de gobierno biopolíticas, productivas, promotoras de la vida, así como la participación activa de cada uno de los individuos, esto es, su autogobierno” (Lorey, 2016, p.39). Que los cuerpos envejecidos no sean productivos para el sistema no quiere decir que queden por fuera del control que ejercen las disciplinas del cuerpo, de hecho, todo lo contrario, son estos los que han de ser más intervenidos de modo que generen el menor desajuste en la estructura económica.

Para continuar, repaso algo que se menciona anteriormente. Los dispositivos están compuestos por tres instancias: saber, poder y subjetividad. Los Estados tienen el poder de crear diferentes políticas destinadas al control de la población, es decir, a gobernarlos. Estas políticas crean e instauran saberes que al ser aplicados sobre los cuerpos generan subjetividades. Cabe destacar que esta simplemente es una forma de denominarlo, un ejemplo, ninguna instancia precede ni antecede a la otra, sino que, más bien, se afectan constantemente.

Es así que las personas viejas quedan relegadas al lugar de la minoría. Se indica minoría no necesariamente por una característica cuantitativa, más tomando en cuenta el inminente advenimiento de una población cada vez más envejecida, podrían los viejos ser el 50% de la población mundial y hoy en día seguirían siendo una minoría. Según Antonelli “las minorías son estados — de lengua, etnia, sexo, territorio — definibles objetivamente que están excluidos de la mayoría, o bien incluidos como una fracción subordinada con relación a un patrón de medida que establece la ley y fija la mayoría” (2018, p. 43). No hay en la minoría un punto de fuga, todo está contemplado por el binomio normal—anormal. A la minoría no le queda más que mantenerse en esa relación de poder que tiene con la mayoría. Podría seguir siendo dominada o tal vez unirse a otra mayoría, pero como minoría — en esta lógica — no puede producir deseo.

El Poder no regula directamente la conducta de cada individuo, sino que lo que hace es regular el campo de acción, delimita las posibilidades de modo que cada individuo tenga la sensación de estar decidiendo con libertad sobre su propia vida, pero en definitiva lo que está haciendo es moverse dentro del campo que está delimitado para todos, y en él participa de las diferentes tensiones. Indica Lorey que “en la acción participan del modo en que son gobernados (...) La participación es el «motor» de esta biopolítica gubernamental, pero no en el sentido convencional de la participación política sino como participación fundamental mediante el autogobierno” (2016, p.47). Es así que los viejos, gobernados por un poder que los conduce a la acción, tienen que atender a su propio envejecimiento exitoso. De esta forma, los propios dispositivos que inscriben a la vejez como minoría también crean otros dispositivos para amparar a esas vidas viejas que han sido segregadas del sistema productivo y crean instituciones con el fin explícito de garantizar la representatividad y el acceso a derechos humanos básicos (como, por ejemplo, la salud), pero que tienen un fin implícito que es el de generar las condiciones que aseguren el encauzamiento de la conducta, en este caso, de la acción de autogobierno.

¿Pero cómo se nos cuelean estas “verdades”? ¿Cómo se produce esta realidad? En principio podemos pensar que si estos dispositivos son lo que crean la normalidad — y también su contrario, el anormal — es porque se jactan de tener un saber que evidencia algo que es natural, que no se puede cuestionar porque es algo dado por la naturaleza, imposible de ser enjuiciado. Un elemento que puede ser observado, descrito y categorizado por la ciencia con el fin de, en este caso, resguardar las vidas.

Al respecto de esto, indica Petryna que:

Etnografías recientes de la ciencia han mostrado cómo, cada vez más, las tecnologías biomédicas juegan un rol clave en esa construcción (de la salud) (...) Los problemas sociales, los problemas de salud y las tecnologías que forman imágenes de ellos están mutuamente imbricados en la producción de la enfermedad y el padecimiento. (...) las fuerzas y los procesos sociales se encarnan como eventos biológicos. (Petryna, 2016, p.94)

Podemos interpretar entonces, que esta díada poder—saber tiene injerencia directa en la perduración de los mecanismos de control y de establecimiento de la verdad. El campo está

delimitado de tal forma que no existe nada que pueda ser objetivamente cuantificable. No existe La Salud porque ésta es un concepto que ha sido creado a partir de una serie de indicadores que han sido fundados a partir de unas ciertas creencias de lo que debe ser, de lo que es normal, y como ya dijimos antes, no existe lo natural, una vez que es nombrado ya quedó atrapado por la norma, ya ha sido subjetivado.

Permanentemente sólo podemos visualizar las luces mientras que las sombras se nos escapan. Recordemos que en el comienzo de este trabajo se afirmó que lo que existe en la *realidad* porque es nombrado, mientras que *todo lo otro* está allí, pero por no ser nombrado aún no puede ser visto, permanece en la sombra. Pretendemos entonces ir a las sombras y evidenciarlas; ¿qué es lo que queda en la sombra en la vejez? ¿Qué es el envejecimiento exitoso?

El ¿mito? de la degeneración. Acerca del discurso biomédico

Sobre el cuerpo de viejos pesan una cantidad de mitos que tienen que ver con el desgaste, la disfunción o la incapacidad. Hoy, diversos autores, ya reconocen que hay tantos procesos de envejecimiento como personas que envejecen. La premisa básica para entender esto es partir de la base de que se envejece como se ha vivido, de modo que una serie de factores bio-psico-sociales que han afectado al individuo desde el nacimiento hasta el presente son los que van generando qué tipo de vejez. Como contrapartida, otra gran cantidad de autores continúan con el estereotipo de vejez degenerativa, de disfunción. Como ya mencionamos, bajo el manto de la — falsa — objetividad se ha producido saber al respecto de qué es la vejez y qué cambios biológicos van atravesando.

Rosenmayr indica que "es a través de los ojos y los métodos de los científicos que se definen y se reconocen los problemas de los adultos mayores, y es en esta forma, o en una versión deteriorada, sobresimplificada y pseudo-científica, que los tratan quienes toman decisiones, los políticos, y el público" (citado en Rice y Carstensen, 2002, p.136)

Específicamente, es de particular interés para este trabajo indagar más al respecto de la actividad sexual en la vejez, partiendo de la hipótesis de que ésta no está contemplada dentro del concepto de envejecimiento exitoso que promueven las diferentes políticas sanitarias.

Hay, en general, una especie de consenso médico hegemónico a la hora de identificar las disfunciones que van apareciendo en los cuerpos a medida que van envejeciendo. De modo que son comprobables y medibles una serie de “síntomas” que se van instalando progresivamente en esos cuerpos viejos.

Autores como Thomas Mulligan (1998) distingue en el hombre una serie de variaciones físicas, tales como *disminución en la rigidez peneana*, vinculadas a la degeneración neural y a las enfermedades vasculares. También menciona una *disminución en la fuerza expulsiva y en el volumen seminal*, ambas relacionadas con el deterioro del tono muscular. Finalmente, distingue un *periodo refractario prolongado*, es decir, que una vez que consiguen tener una erección deben esperar un tiempo más largo para volver a tener una nueva, esto se debe a deterioros físicos como los que enumeramos anteriormente.

Por otro lado, según el autor, el único marcador biológico que se ha encontrado para las mujeres tiene que ver con la *menopausia*, ya que en ella se da una variación de las hormonas conocidas por la nomenclatura médica como “sexuales”, por ejemplo, los estrógenos. Estos pueden producir efectos muy diferentes según la mujer, resultándole a algunas incluso imperceptible. A pesar de esto no se ve modificada la *capacidad excitatoria*, el clítoris no pierde sensibilidad y la lubricación vaginal permanece intacta y la *capacidad orgásmica* no se ve reducida.

Realizando una revisión bibliográfica de diversos autores que escriben desde el saber médico, se puede ver un consenso a la hora de problematizar la sexualidad en la vejez: aunque, según qué autor se tome, se pueden percibir pequeños matices en la concepción del deterioro, en general se entiende que las disfunciones son las nombradas anteriormente.

Curiosamente, hay un abismo de diferencias en lo relacionado a las disfunciones netamente físicas entre hombres y mujeres. Esto se vuelve menos curioso si agregamos el dato de que la gran mayoría de estos estudios realizan toda su investigación tomando al pene como eje de estudio, por entenderlo como el protagonista del acto sexual, de manera que se parte de un concepto de sexualidad con el coito como práctica principal.

Tenemos aquí un primer impensado: ¿es la sexualidad un encuentro genital? Nuevamente es necesario volver sobre lo que ya se ha planteado, no hay algo que sea La Sexualidad, sino que la sexualidad es una construcción que va variando según la época y la región.

Y aquí nos encontramos ante la siguiente paradoja: si tomáramos un posicionamiento netamente biologicista para la comprensión de la supuesta imposibilidad de tener una vida sexual activa en la vejez, los datos indican que las mujeres no tienen casi ningún impedimento físico para continuar viviendo una vida sexual activa, y aunque es cierto que los hombres ven un verdadero cambio en su funcionamiento peneano, tampoco se verían impedidos del todo a continuar sus prácticas sexuales. Aun teniendo una evidencia científica cuantificada, medida y estandarizada que indica lo detallado anteriormente, es la propia comunidad científica la que promueve una interpretación parcializada de los datos, produciendo una realidad que se alinea con las directrices sanitarias que regularizan las vidas de los viejos. Es decir: la vejez no es compatible con la sexualidad.

La primera tarea que se planteó este trabajo fue investigar al respecto del lugar que le queda a la vida vieja en los dispositivos de la sexualidad, partiendo de la hipótesis de que éstos quedaban desplazados de ella por ser considerada una práctica de la vitalidad. Pero haciendo lupa en uno de los elementos que componen a la sexualidad, en la que se analiza a partir de esta contraposición hombre—mujer, es que se ve una gran diferencia en cuanto a las “disfunciones” físicas en uno y en la otra. Esto nos lleva a la ineludible interrogación al respecto de la interseccionalidad de la sexualidad; ¿es para hombres y mujeres lo mismo vivir una sexualidad activa? ¿Se les restringe de la misma forma? Haciendo zoom en la problemática pareciera que la mujer es modelada de otra forma por las normas de disciplinamiento.

Hay que (des)evidenciar lo obvio

Reseñando —una vez más— el cuerpo de las mujeres.

Ese hombre de allí dice que las mujeres necesitan ayuda al subirse a los carruajes, al cruzar las zanjas y que deben tener el mejor sitio en todas partes. ¡Pero a mí nadie me ayuda con los carruajes, ni a pasar sobre los charcos, ni me dejan un sitio mejor! ¿Y acaso no soy yo una mujer? ¡Miradme! ¡Mirad mi brazo! ¡He arado y plantado y cosechado, y ningún hombre podía superarme! ¿Y acaso no soy yo una mujer? Puedo trabajar y comer tanto como un hombre, si es

que consigo alimento, y puedo aguantar los latigazos también. ¿Y acaso no soy yo una mujer?

-Sojourner Truth-

(Convención de los Derechos de la Mujer de Akron, Ohio, mayo de 1851)

El poder se ejerce de forma inmersa, no hay una especie de pirámide de poder en el que el de arriba oprime al de abajo y así sucesivamente, sino que el poder se ejerce de forma multidireccional e interseccionalmente. Y es precioso detenernos en este último concepto, puesto que es clave para lo que se desarrollará a continuación. La interseccionalidad para Platero es “un enfoque que subraya que el género, la etnia, la clase, u orientación sexual, como otras categorías sociales, lejos de ser «naturales» o «biológicas» son construidas y están interrelacionadas” (2014, p.56). No es que una categoría pese más que la otra, pero es necesario enunciar que no da igual, pensar a un hombre viejo que a una mujer vieja, porque si bien la vejez los atraviesa a ambos de la forma en que venimos señalando, la mujer que está atravesando la vejez también está siendo atravesada por la categoría mujer, y por tantas otras. Hablar de interseccionalidad vuelve aún más abstracta esta idea que se viene planteando de los dispositivos de poder, puesto que se borra —más todavía— la frontera concreta entre los dominados y quienes dominan y las formas en que lo hacen. Estas diferentes categorías sociales son las que estructuran la vida misma y deben ser tenidas en cuenta para una comprensión integral de la problemática.

En nombre de lo natural es que históricamente se han inscripto las más descabelladas prácticas sobre los cuerpos de las mujeres. Bajo la idea de que hay cosas que son propias de la naturaleza se ha condenado a las mujeres a cumplir un papel secundario en sus propias vidas, se las ha relegado a estar “al servicio”. Indican Amigot y Pujal que “aunque «el poder esté en todas partes», el dispositivo de género opera, de maneras distintas, subordinando a las mujeres (...) siempre aparece en interacción con otros dispositivos de la desigualdad, y en esta interacción se configuran experiencias específicas” (2009, p122). Es decir, hay desigualdad incluso entre las mismas mujeres.

Tratar de entender el complejo entramado de las prácticas opresoras es hacer una genealogía de las prácticas discursivas puesto que estas se retroalimentan en un círculo que parece no tener principio ni fin. Por un lado, los dispositivos de poder son los que regulan el campo de acción y crean la norma, y por otro lado, esta norma es la que da lugar a que se produzcan los saberes que van a dar un marco “regulatorio” a la naturaleza.

La dicotomía hombre—mujer o femenino—masculino no es algo natural, no obedece al orden de las cosas, sino que es una diferenciación artificial que se ha creado y que se ha ido profundizando con el correr de los años. No me refiero a la diferencia fenomenológica, sino al ensañamiento que hay en diferenciar unos de otras. Quiero decir, ¿por qué no nos segregamos entre personas morochas y rubias?, ¿o entre personas que son altas y personas que son de baja estatura? Esta dicotomía no es arbitraria, hay algo allí, en la separación de hombre—mujer, que genera un beneficio a un determinado sistema.

Parece que queda en evidencia que la homogeneización forzada de los elementos sociales podría estar contribuyendo a un eficiente encauzamiento de la conducta. Usando el recurso de las dicotomías (afuera/adentro, débiles/fuertes, activos/pasivos, etc.) se va generando una pertenencia a un grupo o al otro y es en ellos que se pierde cualquier esbozo de lo heterogéneo, de lo original. O sos hombre o sos mujer y si no entrás en ninguna de las dos categorías, sos anormal.

“La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla” (Bourdieu, 2000, p22). Esta visión androcentrista es la que ha guiado las investigaciones al respecto de los cuerpos, e inclusive su nomenclatura está condicionada por ella. Un claro ejemplo es el que nos señala la antropóloga Marie-Christine Pouchelle, quien revisando diferentes textos de un cirujano de la Edad Media descubrió que no se hacía mención directa a la vagina, sino que ésta era entendida como el falo invertido, es decir, como lo que no era hombre (citado en Bourdieu, 2000). Es entendible entonces pensar en la neutralidad del componente masculino, y tal como lo plantea Bourdieu, su dominación no necesita justificación porque la naturaleza los designó.

Si la enunciación de la vagina como “pene para adentro” resulta impactante, ¿por qué no sorprende que parte de la justificación de la no actividad sexual en la vejez es porque los penes ya no “rinden” como antes? Eso es lo que dice la medicina: mientras que los cambios físicos en las mujeres sólo tienen que ver con la menopausia, la cual a su vez va a afectar de forma diferente a cada persona, en los hombres se cuantifican una serie de modificaciones físicas que tienen que ver con una disminución de la capacidad peneana. Esta teoría tiene dos cosas que resultan importante destacar: por un lado, una concepción de sexualidad relegada únicamente a la

interacción genital entre hombre y mujer, y por otro lado, nuevamente una explicación extremadamente androcentrista ya que, aun dando por hecho que el sexo sí fuera exclusivamente el contacto genital, queda implícito que el destinatario del placer tiene que ser el hombre, sino no se explicaría el fin de la sexualidad por la sola disfunción de los hombres.

Las mujeres viejas y el sexo

Es complicado indagar al respecto de las prácticas sexuales en la vejez —y mucho más en las mujeres viejas— puesto que es un tema que no es de interés científico, por lo cual son muy pocas las investigaciones y las problematizaciones al respecto de la temática. Poder explorar el tema resulta en un gran desafío por la tan poca literatura, sobre todo en Latinoamérica.

Según un estudio realizado en España por Freixas y Luque (2014), de un total de 729 mujeres encuestadas, de entre 50 y 80 años, el 63% indica que sigue manteniendo sexo vaginal, mientras que un 10% indica que no tiene ningún tipo de práctica sexual. En cuanto se les consulta por las dificultades sexuales, más del 45% indica que se deben a una disminución del deseo. Mientras que las otras categorías (*sequedad vaginal, me cuesta entrar en calor, difícil alcanzar el orgasmo e incomodidad, molestia física*) ninguna alcanza el 30%. Y, para finalizar, paradójicamente, el 60% de las participantes reconoce masturbarse, tanto con frecuencia como esporádicamente.

Parece que hay un acuerdo social en entender que a medida que se va envejeciendo el deseo sexual va en disminución. Sin embargo, en el estudio anterior, un 70% de las mujeres entre 50 y 59 años indicaron que aún mantenían relaciones sexuales tradicionales. Por otra parte, el 48% de las mujeres de 70 años o más indicaron que no tienen prácticas sexuales de ningún tipo. Entonces, ¿cómo fluye el deseo —si es que lo hace— en estas mujeres que aún tienen prácticas sexuales? ¿Será propiamente una falta de deseo lo que dificulta este encuentro sexual o podría responder a otros factores que, en este caso, estarían disfrazados por el concepto de deseo?

En definitiva, ¿cómo se construye el deseo, entonces? Porque si ya sabemos que orgánicamente son mínimos los impedimentos físicos en las mujeres para desarrollar prácticas sexuales, tal vez sea hora de preguntarnos al respecto de la construcción del deseo. Cómo desean su sexualidad estas mujeres viejas y, al mismo tiempo, cómo son deseadas. Para pensar

el deseo vamos a apoyarnos en la teorización que generaron Deleuze y Guattari (2015) del Cuerpo sin Órganos (de aquí en adelante CsO). Para ellos el CsO es “lo que queda cuando se ha suprimido todo. Y lo que se suprime es precisamente el fantasma, el conjunto de significancias y de subjetivaciones. (2015, p.157). Es la potencia pura, y no es algo que se pueda alcanzar realmente, pero sí a lo que se puede tender. Dicen los autores que la representación del mundo es una represión de este CsO, ya que esto que es pura potencia, se ve delimitado por tres estratos que van limitando la experiencia de la realidad. Tenemos la potencia de ser todo lo que podemos, no hay un límite más que el del CsO.

El CsO es el campo de immanencia del deseo, y allí ese deseo es vivido como positividad, como proceso de producción. Pero como ya mencionamos, los estratos se le oponen y lo inhiben, minimizan la potencia productora, lo normatizan. Esta estratificación configura un triple vendaje que nos aleja de este CsO. El primer estrato es el de la *organización* y precisamente hace referencia a la percepción mística de una posible organización natural de las cosas, en ese sentido se despliega la concepción de un real en oposición —y en articulación— a la representación. Esta última refiere a lo que es figurado, lo que es representado como natural, y por otro lado, lo real como algo que no se puede representar, que aún no se puede simbolizar. El segundo estrato es la *significación*, y deviene directamente de la representación, ya que cuando se representa se significa. En este caso la significación se va a generar entre el significado y el significante. Se genera así una doble articulación (directamente dentro del significante) entre los fonemas, que tienen una relación distintiva, y los morfemas, que tienen una relación significativa. Ya el significado será el correlato de esta doble articulación que se menciona del significante, o sea, todo lo que corresponde a sus elementos. En definitiva, este segundo estrato representa la captura de las figuras de expresión (que produce el significante) y las figuras de contenido (que produce el significado), y es en la intersección de estas dos imágenes que se configura lo real dominante. Esto es el producto de una época y está condicionado por los poderes de esa época, tiene que ver también con lo que se mencionaba anteriormente, lo que se cree como verdad natural pero que en verdad es una representación. En oposición a lo real dominante es que se encuentra lo real enmascarado, que tendría que ver con una asociación no predeterminada con estas figuras de expresión y de contenido. Lo real enmascarado, en este sentido, está vinculado al acto creativo (Deleuze, 2005). Finalmente, el tercer estrato, el *punto de subjetivación*, tiene que ver con el punto en el que nos anclamos en relación al plano de lo real dominante. Alrededor de este punto es que se organiza toda la

comprensión del mundo. Estar enquistado en un punto de subjetivación es estar resignado a lo real dominante.

A propósito de estos tres estratos, agrega Deleuze:

Estarás organizado, sino serás un depravado (...) Significarás y serás significado, interpretarás y serás interpretado, de lo contrario serás un peligroso desviado (...) Serás subjetivado, es decir fijado, tu lugar será asignado y sólo te moverás si el punto de subjetivación te dice que te muevas, de lo contrario serás un peligroso nómada (2005, p.208)

Pensado así, el deseo no puede ser un elemento externo, algo del exterior que se quiere y que cuando se obtiene se agota. Sino que lo que se percibe como deseo es en verdad una construcción social que está directamente afectada por los estratos. Si tomamos el ejemplo de la mujer podríamos preguntarnos: ¿una mujer desea comprarse una pollera? Y la respuesta en principio sería que no, lo que intenta es adquirir una pollera porque esa pollera está insertada en un sistema de valores y la localiza en cierto punto de subjetivación en el que tener una pollera es lo esperado para su categoría. Poseer esa pollera refuerza su condición de mujer, de atractiva, de femenina, etc. Es decir, lo que genera es un reforzamiento de la territorialización.

Entonces, ¿podemos decir que las mujeres desean su sexualidad? ¿Qué agenciamientos son los que interfieren entre las prácticas sexuales y las mujeres?

La sexualidad, como práctica social, no es algo que exista *per se*, sino que es una construcción, y en ella se ven designados diferentes roles. La principal categoría de diferenciación es el binomio hombre—mujer, ya que casi intuitivamente podemos identificar qué es lo que “deben hacer” la mujer y el hombre en el encuentro sexual. En este punto, y retomando lo que vimos anteriormente, podemos encontrar un pequeño rastro casi genealógico de la producción discursiva acerca de la sexualidad. Recordemos que los estudios médicos apuntan a una degeneración física casi únicamente del hombre, y que a pesar de que en las mujeres no se puede inferir un deterioro significativo, son éstas las que declaran haber perdido el deseo sexual. Entonces, ¿qué es lo que nos estamos perdiendo en el *entre*?

Utilizando el concepto del CsO que traíamos previamente, vamos a pensar cómo se organizan las prácticas sexuales. “El sexo (como órgano y práctica) es una tecnología de dominación (...) que reduce al cuerpo a zonas erógenas en función de una distribución asimétrica del poder entre los géneros (femenino/masculino), haciendo coincidir ciertos afectos con determinados órganos” (Preciado, 2011, p.51) En este sentido, la representación de la realidad parece que nos va llevando hacia una concepción de sexo como dispositivo de reproducción de la vida. Es decir, sexo sería la práctica heterosexual (como encuentro genital) que se realiza para perdurar la vida y ha quedado anclada al interior del concepto de sexualidad, es así que se produce un Real dominante que indica que sexualidad es lo mismo que práctica sexual genital. Es por eso que resulta pertinente la pregunta al respecto de la producción de deseo de las mujeres a propósito de su sexualidad, ya que las mujeres son las únicas que tienen la posibilidad de engendrar estas vidas en sus cuerpos. Es aquí donde se presenta una nueva tensión, que deberíamos abordar también desde un punto de vista interseccional, porque como ya lo mencionamos, las formas de dominación no están predeterminadas y son múltiples. En ese sentido, para las mujeres la maternidad es un punto de subjetivación que está cristalizado, es decir, es algo que se asume como real, no está prevista la no—maternidad, y cuando sucede se percibe como un acto anormal.

A propósito de lo referido anteriormente, indica Federici que “El hecho de que el trabajo reproductivo no esté asalariado le ha otorgado a esta condición socialmente impuesta una apariencia de naturalidad (‘feminidad’) que influye en cualquier cosa que hacemos” (2018, p.31). En este punto se agrega la novedad de entender a la maternidad —popularmente pensada como el destino natural de la mujer— como un trabajo no asalariado. Es importante este concepto ya que las mujeres son las que producen el bien máspreciado para el sistema capitalista que es la fuerza de trabajo. Estas mujeres también han quedado en otro punto de subjetivación cristalizado que es el de amas de casa, recluidas al ámbito de lo privado, mientras que los hombres ejercen su actividad en el ámbito público. Este último punto también configura situaciones de desigualdad ya que en la esfera privada se espera una suerte de realización personal para la mujer, vinculada a la maternidad y a la atención del marido, mientras que en la esfera pública es donde se dan los vínculos inter—sociales y se generan más oportunidades.

Retomando la última pregunta, si para las sociedades actuales la sexualidad es entendida como la práctica sexual principalmente genital, ¿es posible que las mujeres creen un deseo sobre su sexualidad? En definitiva, todo indica que no, ya que el sexo en sí mismo es un acto

performativo en el cual las mujeres son *objeto-de*. Históricamente cambia el discurso dominante, pero siglo tras siglo se ha mantenido la misma base de la mujer en el ámbito privado siendo cuidadora de sus vínculos cercanos. Y si antes eran codiciadas las mujeres con caderas grandes por creerse que así podrían tener más hijos, ahora son codiciadas las mujeres voluptuosas, y mañana serán deseadas las mujeres con pechos muy pequeños, y así podrá seguir cambiando el significante, pero no el significado, al menos en esta lógica que se plantea.

En esta lógica, el acto creativo sería vivido como una resistencia, una desviación del camino establecido. Si para las mujeres el sexo es un trabajo con una doble función —la de satisfacer a los hombres y la de producir más y más fuerza de trabajo— todo lo que la incluya a ella como sujeto de su deseo estaría fuera de lo esperado, sería anormal. Se habla de acto creativo pensando en mujeres que quisieran experimentar una sexualidad diferente a la que se ha descrito anteriormente, una sexualidad lesbiana, la masturbación, o también... la sexualidad de las mujeres viejas.

Pero recordemos lo que se proponía al comienzo del ensayo:

Lo que define una relación de poder es que este es un modo de acción que no opera directa o indirectamente sobre los otros. En cambio el poder actúa sobre las acciones de los otros: una acción sobre otra acción, en aquellas acciones existentes o en aquellas que pueden generarse en el presente o en el futuro. (Foucault, 1991, p.22).

No nos imaginamos a ninguna mujer con grilletes encerrada en su casa maternando. De hecho, según Foucault, la principal característica de esta forma de poder es la libertad, solo en tanto las personas sean libres es que este poder puede ser ejercido. Por esto que es necesario dar luz, no principalmente para dar respuestas, sino para cambiar las preguntas. (1991)

Pero, ¿qué pasa cuando el cuerpo de la mujer va envejeciendo? ¿Qué pasa cuando su piel se va arrugando y pierde elasticidad? Pasa que su territorio cambia sin ella quererlo, sin ella desearlo. Ya no es objeto de deseo, ya no es productiva. Queda des—invertida. Y en un punto se genera un desfase entre la percepción de sí mismas y el estatus social, ya que mientras hay una sociedad intentando vender cremas milagrosas “anti-age”, bótox, operaciones, etc, hay un cuerpo cambiando, movilizándolo su verdadera naturaleza. Este bombardeo publicitario genera una especie de terrorismo de la vejez, e “impide que veamos las maneras en que el cuerpo y el

yo se «forman y reforman en una relación dialéctica» (Kontos, 1999, citado en Holstein, 2010 p.59)

“En determinado momento de la vida, fundamentalmente un poco antes de la mediana edad, se comienza a tener registro de una serie de diferencias entre el esquema e imagen corporal y las prácticas y eficacias del cuerpo” (Pérez, 2007, p.67). Mientras que el esquema corporal tiene que ver con los marcadores biológicos y los roles sociales asignados, la imagen corporal tiene que ver con la esencia de la persona, con la imagen tridimensional que tiene de sí mismo, en la que fluyen los sentidos, percepciones, representaciones, etc.

Mujeres que han estado ancladas en puntos de sujeción de la femineidad, ahora se han convertido en viejas desorientadas, que ya no pueden ser sensuales, cuyos cuerpos han sido re-territorializados a la fuerza y que sienten que ya no les es permitido desear y ser deseables. Un día, de repente, han sido despojadas de su estatus, la imagen de sí mismas ya no se acopla al esquema corporal. Tan violento para ellas puede ser estar atadas a la convención de la femineidad como ser arrebatadas de ella. Las viejas no pierden el deseo sexual, sino que se les es quitado por la máquina normalizadora que todo lo ve, que todo lo oye. Estas mujeres viejas sí que tienen goce, sus cuerpos tienen el mismo derecho a sentir placer a los 30 años como a los 70, pero el placer de los 70 años es a hurtadillas, es culposo, porque no se supone que lo tengan, porque tienen que estar ocupadas tejiendo, sacando a sus nietos a las plazas, o cocinando los domingos para toda la familia; en definitiva: atendiendo a su envejecimiento exitoso.

“Desde el día en que la mujer empieza a envejecer, su situación cambia. Hasta entonces, era una mujer todavía joven, entregada a una lucha encarnizada contra un mal que misteriosamente la afeaba y deformaba; se convierte en un ser diferente, asexuado, pero consumado (...) También puede permitirse el lujo de desafiar a la moda, a la opinión; se sustrae a las obligaciones mundanas, a los regímenes y a los cuidados de belleza (...) Liberada de sus deberes, descubre por fin su libertad”

(De Beauvoir, 2016, p.574)

Conclusiones

Parece haber quedado en evidencia el hecho de que, para este sistema capitalista, los viejos son un estorbo. Cada vez más, se ve como los dispositivos de poder anulan la potencia de quienes consideran como un desajuste en el engranaje de la gran maquinaria.

Es por esto que se reitera la importancia de trabajar acerca de la vejez en el ámbito académico, no sólo por la obviedad de que los viejos también son personas y tienen derecho a tener un trato digno, sino también porque los estudios demográficos prevén que la cantidad de personas de más de 60 años, al menos en Latinoamérica, va en ascenso y no está previsto que esto cambie. Como ya mencionamos, se espera que para el 2050 un cuarto del total de la población de América Latina y el Caribe sea de mayores de 60 años. (CEPAL, 2009). Problematizar al respecto de la vejez es una necesidad que palpita cada vez con más intensidad.

Durante el desarrollo de este trabajo se fue puntualizando al respecto de algunas de las tecnologías que operan en el desplazamiento de las personas viejas de todo lo que tenga que ver con las prácticas de la vitalidad. Y estas últimas quedan forzosamente relegadas a las personas jóvenes, quienes a su vez quedan ancladas en puntos de subjetivación que sólo les permite reproducir las mismas prácticas en bucle.

Los viejos quedan desplazados, en cuanto dejan de ser productivos se los reduce a la mínima potencia posible, se los rotula como pasivos y se les adjudica un proyecto de vida que los homogeneiza, que les borra cualquier rastro de singularidad. Es así que se genera “una cadena de «micro-gulags» para viejos con la única intención de aislarlos. Y las personas aceptan ese aislamiento. Es escandalosa esa entrega pasiva de los viejos a un destino que los conduce a ese tipo de campos de desesperación” (Guattari y Rolnik, 2006, p.58). Y lo aceptan porque es disfrazado de normalidad, es decir, estos dispositivos de poder no son normatizantes en un sentido regulador explícito, sino que son constituyentes de la personalidad, se esparcen y se arraigan a las fibras de modo que este real dominante se siente como algo del orden de las cosas pero, sobre todo, se siente como que cada uno tiene la libertad de elegir su camino. Y tal vez sí escojan cómo caminar, pero quienes delimitan el campo sobre el que están caminando son los dispositivos de control.

Por otra parte, las mujeres viejas cargan con esto y al mismo tiempo tienen que asumir la responsabilidad de ser mujeres, no es para ellas una elección, de la misma forma que envejecer tampoco lo es. El ser mujer es otra forma de subordinación que se le suma a la de la vejez en sí misma. Para las mujeres, el envejecimiento es, cuanto menos, doblemente violento, ya que por un lado en el imaginario social es vista como decrepita o incapaz, mientras que por otro lado queda des—investida de todo lo que la componía como ser singular, su campo de acción se reconfigura tan drásticamente que pierde incluso la capacidad de ser objeto de consumo, es decir que, para el sistema, pierde valor.

Ahora, ¿cómo se logra —si es que se logra— liberarnos de estos sistemas de organización? ¿De qué forma nos acercamos al cuerpo sin órganos? Porque parece como si estuviéramos inmersos en un bucle eterno en el que si no se obedece a la norma se obedece a lo anormal, lo cual también está previsto dentro de estos dispositivos de control. Es decir, todo es llevado a una zona de referenciación. Parece que una posible respuesta tendría que ver con las prácticas creativas. Para Deleuze y Guattari:

La potencia de las minorías no se mide por su capacidad de entrar y de imponerse en el sistema mayoritario, ni siquiera por su capacidad de invertir el criterio necesariamente tautológico de la mayoría, sino por su capacidad de ejercer una fuerza de los conjuntos no numerables, por pequeños que sean, contra la fuerza de los conjuntos numerables, incluso infinitos, incluso invertidos o cambiados, incluso si implican nuevos axiomas o, todavía más, una nueva axiomática (2015, p.474)

En este sentido, no se debe conquistar el espacio de la mayoría, sino que es preciso romper con la imagen del pensamiento a la que lleva la organización del organismo. Es preciso des—pensar los grandes —y pequeños— enunciados, porque el pensamiento codifica la percepción.

Uno de los principales desafíos para este ensayo fue la no linealidad con la que se trabajaron los conceptos. Más bien se propuso una perspectiva rizomática ya que se pretende que una idea pueda devenir de cualquier otra de ellas. En ese sentido, este no es un trabajo que pretenda responder todas las preguntas acerca de la problemática de la exclusión de la vida vieja de la sexualidad —o de cualquier otra práctica— sino que más bien se pretende generar más interrogantes acerca de las propias prácticas cotidianas, extender nuestro propio territorio justamente desterritorializándolo. Crear otra imagen del pensamiento. Porque crear, es resistir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antonelli, M. (2018). Educación, minoría y otredad en Deleuze. Trabajo presentado en el 4to Coloquio Internacional sobre Inclusión Educativa de la Universidad Pedagógica Nacional de Buenos Aires.
- Amigot Leache, P y Margot Llombart, P (2009). Una lectura del género como dispositivo de poder. Sociológica (México), 24(70), pp. 115-151. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S018701732009000200005&lng=e&tlng=es.
- Beauvoir, S (2016) El segundo sexo. Buenos Aires: Debolsillo
- Bértola, L, Hernández, M y Siniscalchi, S. (2012). Un índice histórico de desarrollo humano de América Latina y algunos países de otras regiones: metodología, fuentes y bases de datos. (Documento On-line N°28) Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales. Recuperado de: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/4673/1/DOL%20UM%28.pdf>
- Bourdieu, P (2000) La dominación masculina. Barcelona: Anagrama
- CEPAL (2011) Envejecimiento poblacional. América Latina y el Caribe. Observatorio Demográfico, año VI, 12. Santiago de Chile
- Deleuze, G (comp) (1990) Michel Foucault Filósofo. Barcelona: Gedisa
- Deleuze, G. (2005) Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2015) Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia. Valencia: Pre-Textos
- Federici, S (2018) Revolución en Punto Cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Buenos Aires: Tinta Limón
- Federici, S (2018) El Patriarcado del Salario. Críticas feministas al marxismo Buenos Aires: Tinta Limón
- Fernández, A. M. (1994): La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres. Bs. As.: Paidós.
- Foucault, M (1975) Vigilar y castigar. Buenos Aires: siglo veintiuno

- Foucault, M. (1991) El sujeto y el poder. Bogotá: Carpe Diem
- Freixas, A y Luque, B. (2014) La sexualidad de las mujeres mayores. Perspectiva evolutiva y psicosocial. Anuario de Psicología de la Universitat de Barcelona, 44(2), 213-228
Recuperado de: <https://revistes.ub.edu/index.php/Anuario-psicologia/article/view/10631/13409>
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). Micropolíticas. Cartografías del Deseo. Ed. Traficantes de sueños. Madrid.
- Holstein, M (2010). Sobre cómo envejecemos las mujeres. Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México, 42, pp. 52-78. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/42625164>
- Lozano-Poveda, D. (2011). Concepción de vejez: entre la biología y la cultura. Revista electrónica de Pontificia Universidad Javeriana, 13(2), p. 89-100. Recuperado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/imagenydesarrollo/article/view/2991>
- Lorey, Isabel. (2016) Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad. Ed. Traficantes de sueños. Madrid.
- Mulligan, T. (1998) Cambios físicos que afectan la sexualidad en la vejez. Colombia Médica, 29(4),148-154. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28329408>
- Ociel Moya, Mario. Genealogía de una vejez no anunciada: biopolítica de los cuerpos envejecidos o del advenimiento de la gerontogubernamentalidad. Polis. Revista Latinoamericana. Vol. 12(36) pp.431-451 Recuperado de: <https://www.scielo.cl/pdf/polis/v12n36/art19.pdf>
- Pérez Fernández, R. (comp) (2007) - Cuerpo y subjetividad en la sociedad contemporánea. Montevideo: Psicolibros.
- Petryna, A. (2016) Ciudadanía biológica: Ciencia y políticas sobre poblaciones expuestas a Chernobyl. Revista Redes. Vol. 22. N.º 42. pp. 83-107. Recuperado de: <http://www.unq.edu.ar/advf/documentos/589b6bcba82dd.pdf>
- Platero, R (2014) Metáforas y articulaciones para una pedagogía crítica sobre la interseccionalidad. Quaderns de Psicologia. 16(1). pp. 55-72. Recuperado de: <https://www.quadernsdepsicologia.cat/article/view/v16-n1-platero>
- Preciado, P. (2011) Manifiesto Contrasexual. Barcelona: Anagrama

Rice, C., Löckenhoff, C. y Carstensen, L. (2002). En busca de independencia y productividad: cómo influyen las culturas occidentales en las explicaciones individuales y científicas del envejecimiento. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 34(1-2). pp. 133-154.

Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/805/80534211.pdf>

Velandia, I. (2007) Sexualidad después de los 60 años. *Avances de Enfermería*, 25(2), pp.124-140. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/aven/v25n2/v25n2a12.pdf>